

El proceso editorial de la traducción en Colombia: entrevista a Iván Hernández Arbeláez, editor de Cara y Cruz, Editorial Norma

María Victoria Tipiani

mavitilo@gmail.com

Universidad de Antioquia

La siguiente entrevista se realizó en el marco del proyecto “Desarrollo en una didáctica en teoría, historia y crítica de la traducción pertinente para la formación de traductores” llevado a cabo entre los años 2011 y 2012. Dentro de este proyecto se incluían actividades que buscaban conocer y reconocer la actividad traductora en Colombia, específicamente en el ámbito de textos científicos y humanísticos, así como los diferentes aspectos y agentes implicados en ella; entre estos últimos, los editores en estrecha relación con los traductores.

De esta manera surge el interés por conocer más a fondo el trabajo realizado con la serie de libros *Cara y Cruz*, que perteneció a la editorial colombiana Norma, y las traducciones publicadas en esta serie, pues muchas de estas fueron realizadas por cerca de 29 traductores colombianos bajo la dirección editorial del profesor que aquí entrevistamos.

Iván Hernández Arbeláez fue profesor de literatura de la Universidad de Antioquia durante 30 años, editor de la serie *Cara y Cruz* y asesor de otras colecciones de Editorial Norma. Ha sido escritor. Dictó cursos de literatura colombiana, algunos cursos de literatura inglesa y esporádicamente cursos de literatura contemporánea y talleres de escritura creativa.

¿Cómo empieza todo el proceso editorial con *Cara y Cruz*, en especial con las traducciones?

Con Editorial Norma comencé a trabajar de manera independiente. Estudié literatura inglesa en Inglaterra y cuando vine realicé traducciones para algunos suplementos literarios. La persona encargada del proyecto en Editorial Norma, Moisés Melo, las conoció, y cuando estaba en plan de crear la sección de literatura, me llamó y me preguntó si me interesaba. Nunca antes había sido editor. Cuando empecé con el proyecto, él ya había decidido que se trataba de obras clásicas, de ediciones en las que estuviera la obra, y además una serie de ensayos y aproximaciones críticas.

En la colección se notaba un interés por promover la traducción colombiana. ¿En base a qué se toma la decisión de dar tal impulso?

Creo que hubo dos motivos por los que empezamos a traducir con las obras que no estaban originalmente en español: primero, la dificultad de negociar las traducciones existentes; se trataba de un proceso dispendioso, pues en algunos casos era difícil obtener el derecho para publicarlas; y, por otro lado, a la editorial le interesaba tener un fondo en el que contara con traducciones propias que pudiera utilizar por tiempo indefinido, tantas veces como quisiera y en múltiples ediciones.

¿Cómo fue el proceso editorial de selección de obras, traductores etc.? Antes de cara y cruz, ¿cree usted que teníamos pocas traducciones de clásicos?

En Colombia ya se había dado un trabajo de traducción: Hernando Valencia Goelkel, Andrés Holguín, Nicolás Suescún, entre otros traductores. Es decir, la traducción, de forma esporádica, se había realizado en Colombia y de muy buena forma. La idea de la editorial era ver quién traducía y qué traducía. Nos interesaba que realizara la labor alguien a quien una obra leída en el original le gustara mucho, y sintiera el reto de devolvérsela al lector en español. Durante mucho tiempo realizamos el trabajo así; no nos interesaba si la persona tenía título de “traductor”; nos interesaba en cambio que la persona tuviera un buen trato del español, y que conociera bien el idioma del que iba a traducir; pero, sobre todo, que conociera bien al escritor que iba a traducir y que le interesara hacerlo.

Empezamos con el trabajo un poco a tientas. Para citar un caso: Javier Escobar había escrito una novela y algunos cuentos; sentíamos que su manejo del español era correcto, inteligente, ágil, que tenía un dominio importante de la lengua española. Sabíamos, además, que el inglés era algo así como una segunda lengua para él, y que la literatura le interesaba. La idea era sencillamente saber qué libros de autores clásicos había leído con gusto, y cuáles de esos le interesaría traducir, pensando, naturalmente, en las necesidades del público escolar. No hay que olvidar que *Cara y Cruz* iba dirigido básicamente a los estudiantes de bachillerato y a los de las universidades, de literatura, de idiomas, entre otros. Se trataba de elegir un abanico de posibilidades con base en ese criterio.

Al principio, pensábamos que no contábamos con traductores de muchas lenguas en Colombia. Empezamos el trabajo, y poco a poco vimos que sí había personas que leían muy bien originales en otras lenguas, que tenían un dominio importante del español, que les gustaba la literatura; eran lectores asiduos, y el lenguaje uno de sus intereses más notables. Así que poco a poco conformamos un grupo de traductores. Eso inmediatamente hizo eco en otras editoriales que empezaron a su vez a buscar traductores colombianos y latinoamericanos.

No en todos los casos nuestros traductores eran colombianos; algunos eran argentinos, otros peruanos, chilenos, y como digo el proyecto sirvió de aliciente para que otras líneas de Editorial Norma, *La otra orilla*, *La pequeña biblioteca*, *Milenio* comenzaran a buscar traductores, e inclusive para que otras editoriales se dieran cuenta de que era posible contar con traductores propios, que era bueno tener las propias traducciones ,

que podía ser importante para ir conformando un fondo editorial; en el que no solamente se contaba los autores, sino que también estaban las traducciones, y que eso podía constituir un capital importante.

Desafortunadamente *Norma*, en un momento dado, no sé por qué motivos, terminó su proyecto editorial, y de algún modo malbarató el capital con que contaba. Nosotros alcanzamos a hacer aproximadamente 110 títulos siendo yo el director de la colección, y de esos aproximadamente 60 o 70 títulos fueron traducidos aquí en Colombia, y particularmente en Medellín; el hecho de que yo viviera aquí, y estuviera vinculado al mundo universitario y al mundo intelectual de Medellín, hizo que en cierta medida utilizara los recursos de esta ciudad, que resultaron ser muchos y muy especiales. Recuerdo traducciones espléndidas de traductores que no lo eran por formación; sólo que a lo largo de su vida habían leído literatura en otras lenguas, y habían tenido la oportunidad de vivir en países cuya lengua no era el español.

Algo muy llamativo de *Cara y Cruz* son los ensayos, la sección de *Cruz*; en traducción eso nos sirve mucho para leer al traductor, sus ideas y las decisiones que tomó.

No en todos los casos los traductores escribieron ensayos. Creo que hay un porcentaje alto de libros con ensayos de quien llevó a cabo la traducción. Podría decir que la mayoría de los traductores son, si no expertos, al menos “afebrados” de la literatura. Personas para quienes la literatura es algo muy importante. El traductor trabajaba con gusto, con interés; no se trataba de un trabajo sino que resultaba un reto importante en su vida hacer esas traducciones.

Por otro lado era claro para *Cara y Cruz* que nos interesaba abrir múltiples posibilidades al mercado y a los estudiantes. Mirábamos un poco lo que se les ofrecía, y nos dábamos cuenta de que a lo largo de los años eran siempre los mismos libros y los mismos autores, y pensábamos que valía la pena ofrecer cosas distintas, otras posibilidades. Eso en cuanto a la *Cara*; en cuanto a la *Cruz*, buscábamos ensayos que abrieran otras posibilidades de interpretación, de comprensión; que abriera un poco el terreno para la especulación del lector; es decir, no queríamos ensayos que resolvieran problemas ni que le dijeran al estudiante cómo hacer la tarea; se trataba de que al leer los textos de crítica quedara con muchas preguntas, con muchos intereses, con muchos cuestionamientos, y que entendiera que la verdad en literatura no existe, que hay simplemente aproximaciones, y que el hecho de que existan dos interpretaciones distintas no quiere decir que una sea correcta y la otra falsa, sino que son maneras válidas de aproximarse a los textos.

Buscamos que la parte de la crítica tuviera al menos dos ensayos: uno clásico y otro contemporáneo, de modo que el estudiante pudiera darse cuenta que la interpretación de la obra está sujeta a ciertas formas de análisis y de comprensión propias de una época, y que hoy quizás se hacen otras interpretaciones, que no son más verdaderas, simplemente son distintas. No rebasan, ni suprimen, ni anulan las existentes; las complementan, y prueban que la literatura clásica es siempre contemporánea, que es

siempre moderna, y que vale la pena leer los textos clásicos. La crítica abría esa posibilidad.

Tipiani: En cuanto a las traducciones, ¿los traductores le sugerían títulos, cómo describe el proceso con las traducciones?

Le voy a citar un caso: a Hernando Valencia Goelkel, le preguntamos qué libro de la literatura le interesaría traducir; nos comentó que le gustaría Sterne, la literatura inglesa del siglo XVIII, en particular el *Viaje sentimental*, que había sido traducido por Alfonso Reyes. Sabíamos que los grandes autores en varias oportunidades habían dedicado parte de su vida a la labor de la traducción; esta labor muchas veces es formativa para el escritor, lo descansa un poco, ya que toma las ideas prestadas, pero lo sitúa en una relación muy especial con el lenguaje.

Casi todos los traductores de Cara y Cruz fueron literatos; quiero decir que la mayoría había escrito libros; lectores con un bagaje literario importantísimo, y un hondo conocimiento de los autores que tradujeron.

Quiero retomar algo que usted decía sobre por qué elegían traductores latinoamericanos. Usted dijo que no había nada contra los traductores españoles, pero uno ve que al lector latinoamericano por lo general no le gustan las traducciones españolas, no las entiende. ¿Qué piensa?

Existe una distancia grande entre el español de España y el español nuestro. Tengo la impresión de que los españoles utilizan y viven el español con mayor soltura; se mueven con mayor naturalidad en el español que nosotros; ya que, de alguna manera, el español nuestro es una lengua aprendida. Ellos viven en ella, y la producción literaria española es impresionante. No solamente Góngora, Quevedo y Cervantes; en el siglo XIX, en el XX, hay una producción impresionante, por razones obvias: tradición, editoriales, escritores. Creo inclusive que es un pesar que exista tanta distancia y que nosotros, lectores, conozcamos poco de la literatura española. Soy un enamorado de la literatura española; el placer que siento leyendo a Pío Baroja, a Azorín, a Palacio Valdés, a Rosalía de Castro es inmenso; son autores con los que aprendo español.

Creo en la labor de traducción. Sin embargo, siempre recelo cuando estoy leyendo un libro traducido. Tengo ciertas dudas, y por momentos la duda se convierte en malestar, y el malestar en rabia por lo que el traductor ha hecho. No porque yo conozca el original, sino porque sé que el escritor jamás habría empleado un procedimiento estilístico, un lenguaje como el que el traductor supone.

En el caso de las traducciones, me parece que en ocasiones los traductores españoles creen que sólo existe el español de España; traducen de una manera irresponsable, ponen a los autores ingleses a hablar como si fueran escritores españoles, como si los hechos estuvieran ocurriendo en una barriada madrileña, y eso no deja de perturbar y de alterar los nervios del lector; es una irresponsabilidad creer que el español sólo se habla en Madrid; nosotros en cambio, tenemos una visión más temerosa, quizás más cuidadosa, y por eso tal vez no caemos en ciertos provincialismos, en ciertos modos

muy regionales; creo que el estándar de nuestras traducciones puede resultar más atractivo para los lectores latinoamericanos; de alguna manera le recordamos a España que nosotros somos herederos de esa lengua, y que aquí se habla un español que en algunos momentos puede tener ciertas delicadezas de las que carece el español de España. Creo que es bien distinto a lo que pasa con la literatura. Y creo que aunque nos gusten mucho las traducciones, nada hay tan tranquilizante como leer a los autores en su propia lengua. ¡Qué placer leer autores españoles!

Cuando digo “leer a los autores en su propia lengua”, me refiero a lo siguiente: hay quienes dicen que no vale la pena leer traducciones, y que basta con ciertos rudimentos en otra lengua para leerlos en el original. Creo que los traductores se tardan años aprendiendo a traducir, años en el aprendizaje y la comparación entre las dos lenguas, y creo que para el lector es mucho más fructífera y más placentero leer las traducciones, que la lectura que él, con rudimentos elementales, puede llegar a realizar. Pienso que como labor de aprendizaje está bien tener el original y leerlo las veces que se quiera; pero también, que el traductor realiza mejor la labor de traducción y que la lectura de una obra traducida por un traductor responsable es mucho más importante y mucho más rica y placentera que la que puede realizar una persona que no conoce la lengua y que trata de armar las frases con un diccionario; esa labor puede tener interés para quien esté buscando otras cosas, pero para quien interesa leer por el placer de leer, las traducciones tienen más sentido. Si uno sólo tiene unos rudimentos de una lengua, es más agradable leer la traducción de *Vidas Secas*, obra de Graciliano Ramos, hecha por Elkin Obregón, que leer la obra en el original; así uno sea capaz de entender lo que Ramos dice, creo que hay una manera muy peculiar de decir las cosas, y cuando se trata de un traductor responsable, una manera muy especial de producir el placer de leer.

En la universidad nos facilitaron los datos de un histórico de préstamos, y entre las obras traducidas más leídas estaban: *La metamorfosis*, *La dama de las camelias* y *La máquina del tiempo*. Esta serie es muy buena para aquellas personas que quieran hacer un trabajo contrastivo en traducción. ¿Cuál cree que es el impacto del proyecto?

El punto que vale la pena resaltar es que la traducción en literatura es mucho más que traducción de significados; y eso requiere una habilidad y una destreza especiales; es algo con lo que se nace, como para ser escritor: una pasión que se desarrolla naturalmente a lo largo de los años.

Traductor de literatura no es aquel que sabe varias lenguas; es alguien que sabe dos lenguas, pero que además tiene otras habilidades, otros talentos, otras intuiciones, pues en buena medida la traducción es intuitiva. Son bien conocidas las traducciones de Poe realizadas por Baudelaire. Él conocía poco el inglés; y sin embargo, eran dos almas tan cercanas, que cuando lo leyó pensó que era capaz de hacerlas; creo que hoy estas siguen siendo traducciones clásicas. Quien traducía era un genio, y como genio era capaz de suplir las carencias de su inglés.

El traductor sabe cuándo se toma libertades, sabe cuándo no las tiene; es algo que ni las normas ni las reglas se lo van a enseñar jamás; es una cuestión puramente intuitiva, de talento, un olfato muy especial que lo guía.

¿Cómo fue su experiencia con la traducción?

Yo ya casi olvidé el inglés. Traduje tres libros, y recuerdo la pasión con que lo hice. Me devanaba los sesos por encontrar la forma peculiar en que hablaba el autor. Es como meterse en el alma del otro, estar en el alma de otro.

Traduje autores que quiero mucho. A Maugham aún lo quiero, pasa el tiempo y cada día es más importante. Aunque traduje “La luna y seis peniques”, hoy me parece que habría sido mejor traducir una selección de cuentos. Yo lo leo tanto como puedo. Ahora no leo casi nada nuevo, sólo releo, y él es uno de esos autores a los que vuelvo una y otra vez.

¿Cómo ve el panorama editorial en Colombia después de lo sucedido en Norma?

Creo que la apuesta ahora la tienen las editoriales universitarias, pues éstas carecen de intereses económicos. Las editoriales comerciales sacan obras maestras cada ocho días; y eso no es cierto. Sólo las editoriales universitarias siguen preocupándose por distinguir lo bueno, y es allí hacia donde hay que apuntar.